

B Aires

LA PRENSA — Martes 25 de Septiembre de 1962

LA GRACIA RISUEÑA DEL ELENCO CHILENO

La trama es sencilla, pero no por ello superficial, y pocas dudas pueden existir de que Isidora Aguirre, autora del texto de "La pérgola de la flores", comedia musical que el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile presentó en el Municipal, se ha tomado muy en serio la vieja exhortación a corregir costumbres con la sonrisa en los labios, ya que burla burlando caen aquí bajo la picota, desde los tejes y manejes de la política tradicional, hasta la tilinguería de algunas clases sociales. Pero no se va a creer que la evidente preocupación social de la autora —ya conocida por el público argentino a través de "Población Esperanza"— lleva las cosas a extremos lindantes con la obra de tesis. Nada de eso: se deja bien sentido que en el cotejo entre la ingenuidad popular y la taimería de cierto patriciado decadente, se prefiere la naturalidad y el candor, pero no por ello se frunce el ceño. Al contrario: la última escena muestra a todos unidos en un final feliz, que solamente algún escéptico exagerado podría señalar que está nublado por la incertidumbre sobre la perseverancia de ciertas promesas oficiales.

Lo importante es la frescura y la gracia de la pieza, oportuno ejemplo de las posibilidades de la comedia musical adaptadas a un tema popular. Desde que se levanta el telón hasta el final, hay en el escenario un clima de alegría que no decae en ningún momento, pues se han aprovechado al límite los elementos dados por el gracejo nacional en sus capas más auténticas, frente a un fruncimiento hecho de inseguridad a pesar de su aparente desparpajo. Los personajes han sido trazados con cariño, y ello concede a la obra un clima de autenticidad que al ir unido a un evidente talento para urdir situaciones, y un sentido del humor muy refinado a pesar de que se ha evitado toda sofisticación, logra un ritmo preciso. Al mismo tiempo, la música de Francisco

Flores es pegadiza, y ha sido colocada oportunamente en los momentos adecuados, con lo que la armonía de la comedia es total.

La dirección de Eugenio Guzmán hubo de enfrentar una serie de escollos que sorteó gallardamente. Por lo pronto, era indispensable adentrarse en la caricatura con espíritu farsesco que en momento alguno podía permitirse la más mínima concesión a la vulgaridad. Había que manejar personajes populares y no desdeñar lo sainetesco, pero al mismo tiempo mantener un clima depurado, sin caer en la demagogia al describir los caracteres aristocráticos. Guzmán, como quedó dicho, salió airoso de la prueba por la sencilla razón de que la montó con la sutileza y elegancia de quien conoce ambos paños. Por ello marcó las actuaciones con justeza, armonizando graciosamente los dos planos en que se desarrolla la pieza, limando toda arista capaz de desentonar, y proyectando el dinamismo inherente al género.

Contó para ello con un elenco inteligente y excepcionalmente dotado para el trabajo de equipo, donde se destacó la gracia y vis cómica de la excelente Violeta Vidaurre; la simpatía arrolladora de Mario Montilles; la chispa de Ana González, Elena Moreno y Maruja Cifuentes; la autoridad de Justo Ugarte; la simpatía de Carmen Barros; la finura de Fernando Colina, que realizó una creación en un papel difícilísimo; el garbo de Ana María Vergara; y, en general, la indudable capacidad de un elenco tan numeroso como disciplinado.

Excelente fué, asimismo, la escenografía de Bernardo Trumper, que utilizó fondos grises claros muy sugerentes, en contraste con un vestuario policromático; y que al mismo tiempo se encargó de la faz luminotécnica con talento, haciendo resaltar con efectos adecuados los diversos matices de la obra.

Floja fué, en cambio, la

coreografía de Juana Von Labán y Guillermo Acuña, que no demostró mayor imaginación, al igual que el cuadro en que interviene la mujer de rojo, bastante insólito y sin mayor relación con la obra, ni en su forma ni en su espíritu. J. P.